

Capítulo VI

BAJAMAR MISKITA

Señor Presidente Gerald Ford
La Casa Blanca
1600 Pennsylvania Ave.
Washington, D C.

Estimado Señor Presidente:

No hay carne en Tasbapauni, una aldea de indios miskitos en el Oriente de Nicaragua . . .

He redactado esta carta mentalmente varias veces. Voy a enviarla tan pronto como la tenga a punto. Prometí enviarla y la enviaré. Hay muchas cosas que necesitan ser explicadas en la carta; la historia es muy compleja. Sé que el Presidente Ford es un hombre muy ocupado y no tiene tiempo de leer cartas largas y embrolladas. Ese es el por qué me mantengo escribiendo y volviendo a escribir mentalmente la carta. Tiene que ser corta, pero estoy seguro de que la empezaré con la frase de que “no hay carne en Tasbapauni”. Eso es una parte de la promesa y debe encabezar la carta. Además, así me lo dijeron.

En Junio de 1975, mi esposa, nuestro hijo y yo regresamos a la costa oriental de Nicaragua a visitar la aldea miskita de Tasbapauni, en donde habíamos vivido hacía varios años. Muchas cosas estaban cambiadas, pero nos hacía bien el encontrarnos otra vez entre amigos. La estación seca se prolongó bastante más que de costumbre y pasamos muchos lindos días dando paseos en la playa o sentándonos en el vestíbulo a contemplar el mar y conversar sobre “los viejos días” de cuando llegamos por primera vez a Tasbapauni y había mucha carne de tortuga en la aldea. Tal cosa no sucedía este año, y todos presentaban disculpas por no tener carne que compartir con nosotros. Ahora bien, esto es muy importante para los miskitos, porque compartir la carne es ser miskito. La escasez de carne puede no tener importancia para los foráneos, pero lo que los miskitos nos estaban diciendo es que sentían mucho no poder ser miskitos con nosotros. Habían cogido muy pocas tortugas hasta ese momento en aquel año, y de las que habían logrado coger, la mayor parte las habían vendido a una com-

pañía tortuguera, de tal modo que quedaba poca carne que comer o que compartir.

Nosotros no podíamos permanecer muchos días en Tasbapauni, y pronto se nos acabó el tiempo y nos preparamos a partir. Los miskitos creyeron que nos íbamos porque no había carne. Nos dijeron que abrigaban la esperanza de que cuando regresásemos hubiera abundancia de tortugas verdes que comer y pudiéramos quedarnos por más tiempo. Mientras cargábamos nuestras pertenencias en una canoa y nos alistábamos a partir hacia Bluefields, una gran multitud se reunió para decirnos adiós. Uno de los tortugeros subió y me pidió que le prometiera algo. Le respondí que haría cualquier cosa que me pidiera y él me dijo entonces:

—Cuando llegue a casa, dígame a su Presidente que no hay carne en Tasbapauni.

Eso fue lo último que escuché mientras dejábamos el embarcadero, y siguió sonando en mis oídos en todo el camino a nuestra casa.

La mayor parte de los miskitos costeños viven por el mar y del mar. A través de los años, su dependencia respecto al mar y a las tortugas marinas se han coaligado para constituir la médula central de la cultura miskita. La carne ocupa un lugar prominente en la vida cotidiana de una aldea miskita. Ella es de ordinario el centro de interés y el tópico de más importancia en la conversación. La carne llena no sólo las necesidades dietéticas, sino los estándares definidos culturalmente de lo que es una vida correcta, y valores establecidos en lo social que determinan relaciones familiares y de parentesco también. Para describir los buenos tiempos se dice que hay mucha carne en la casa y en la aldea, y cuando no hay carne, los tiempos son malos. Una frase común es un ejemplo de la orientación de los miskitos costeños hacia el mar y hacia la carne: "*watla puban dingkisa wina*", o "hay pleamar de carne en la casa", lo cual significa que hay abundancia de carne proveniente del mar.

Empero la marea está bajando para los miskitos, dejándoles varados y desamparados en la costa. El mar ya no suministra tantas tortugas; ya no proporciona pleamar de carne. Hay bajamar, y con ella, también, por consiguiente, marea baja de los miskitos.

La importancia de la merma de la disponibilidad de carne y de la petición miskita de una intervención presidencial, se comprenderán después de leer los dos artículos que siguen. El primero lo escribí el año pasado, cuando los miskitos estaban sintiendo cada vez más la desaparición de las manadas de tortuga verde. En él trato de explicar por qué los mejores tortugeros del mundo no tienen carne de tortuga que comer. El segundo artículo lo escribió el Profesor Brian Weiss, antropólogo, que nos acompañó a Tasbapauni en 1971 y después regresó a convivir con los miskitos en Little Sandy Bay de 1972 a 1973. El investigó las consecuencias nutricionales y económicas de la comercialización de la pesca de tortuga verde e hizo una película ("*The Turtle People*" = "El Pueblo Tortuguero") sobre el mismo tema.

CUANDO LA TORTUGA SE DERRUMBE, ES EL FIN DEL MUNDO

BERNARD NIETSCHMANN*

Después de pronunciar una conferencia sobre el sistema solar, el filósofo-psicólogo William James fue abordado por una viejecita, quien le manifestó que ella tenía una teoría superior a la expuesta por él.

—No vivimos en una pelota que da vueltas alrededor del sol, —dijo la anciana—, sino en una cáscara de tierra sobre el lomo de una tortuga gigante.

No deseando rebatir tan absurdas palabras con las pruebas científicas masivas de que él disponía, James creyó preferible disuadir a su contendora con buenas maneras.

—Si su teoría es correcta, señora, ¿sobre qué se apoya esa tortuga?

—Usted es un hombre muy inteligente, señor James, y es muy buena su pregunta, pero puedo respondérsela fácilmente. La primera tortuga se apoya sobre el lomo de una segunda tortuga de tamaño mucho mayor.

—Pero, ¿en qué se apoya esa segunda tortuga? —preguntó James pacientemente.

La dama cacareó entonces en son de triunfo:

—Es inútil, señor James; todo es tortugas hacia abajo...

En la media luz del amanecer, una canoa de velas se acerca a un bajío donde se han colocado redes la víspera. Un tortuguero miskito está de pie en la proa y señala hacia un chapoteo lejano que interrumpe el resplandor gris de las aguas del Caribe. Aun desde una distancia de cien metros,

* De: Bernard Nietschmann, "When the Turtle Collapses, the World Ends" (Cuando la Tortuga se Derrumbe, es el Fin del Mundo), *Natural History*, Junio-Julio, 1974, pp. 34-43. Reproducido con autorización de la revista *Natural History*, Junio-Julio, 1974. Copyright (c) The American Museum of Natural History, 1974

él puede asegurar que una tortuga verde ha sido atrapada en la red. Sus dos compañeros conducen rápidamente el bote junto a la tortuga, y cuando la extraen del mar, su concha reluciente refleja los primeros rayos del sol que nace. Mientras dos hombres trabajan para desprender al pesado reptil de la red, el tercero mantiene la canoa bajo gobierno en el oleaje y junto a la red anclada. Después que le perforan las aletas y se las amarran con un mecate de fibra, la tortuga de 250 libras de peso es colocada panza arriba en el fondo de la canoa. Los tortugeros se sienten felices. Tal vez estén de suerte en este día y sus otras redes rindan también muchas tortugas.

Esas tortugas verdes que atrapan los indios miskitos tortugeros frente a la costa oriental de Nicaragua, se destinan a mercados lejanos. Sus cuerpos sacrificados pasarán por muchas manos, tanto locales como foráneas, terminando finalmente en una lata, en una botella o en una refrigeradora lejana. Su carne, su piel, su concha, su grasa y su calípee, una sustancia gelatinosa que es la base de la sopa de tortuga, serán usadas para producir bienes de consumo en muchísimas partes del mundo.

Los indios miskitos costeños dependen muchísimo de las tortugas verdes. Su cultura ha estado adaptada por largo tiempo a utilizar las otrora vastas poblaciones que moraban en los inmensos campos de alimentación de las tortugas en el Hemisferio Occidental. Como el eslabón más importante entre el modo de vida, la interacción social y el medio ambiente, las tortugas verdes fueron el recurso pivote, alrededor del cual ha girado la sociedad tradicional miskita. Estos grandes reptiles también suministraban la mayor fuente de proteínas para la subsistencia miskita. Ahora este recurso inapreciable pero limitado se ha convertido en una mercancía altamente estimada, la cual se explota casi totalmente por razones económicas.

En el pasado, las tortugas llenaban necesidades nutricionales y responsabilidades sociales de la sociedad miskita. Hoy en día, en cambio, los miskitos dependen principalmente de la venta de tortugas para proporcionarse el dinero que necesitan para comprar objetos domésticos y otros bienes necesarios. Pero las tortugas son un recurso que ha ido menguando; la dependencia excesiva respecto a ellas está conduciendo a los miskitos a un callejón ecológico sin salida. Los mecanismos de control cultural que otrora adaptaron los miskitos a su medio ambiente y a los recursos de su fauna, están ahora enmarañados o son inoperantes, y los indios están atrapados en un sistema de intensificación continua de la pesca de tortugas, que amenaza con no proporcionar ni el dinero ni la subsistencia.

Yo he estado estudiando esta situación por varios años, desembrollando su contexto histórico y juntando las piezas del rompecabezas de sus efectos pasados y futuros sobre la sociedad, la economía y la dieta miskitas, y sobre la población de tortugas.

Los indios miskitos costeños están entre los marineros y tortugeros más hábiles del mundo. Su sistema tradicional de subsistencia les proporcionaba rendimientos seguros que se derivan de la programación juiciosa de las actividades de obtención del recurso. La agricultura, la caza, la pesca y la acumulación de bienes estaban organizadas de acuerdo con las fluctuaciones estacionales del tiempo y de la disponibilidad del recurso, y pro-

porcionaban cantidades adecuadas de alimento y materiales, sin explotar excesivamente ninguna de las especies o sitios. Las mujeres cultivaban el campo, mientras los hombres cazaban y pescaban. La pesca de tortuga fue la columna vertebral de la subsistencia, proporcionando carne durante todo el año. (Figs. 34 y 35).



Figura 34. Indios miskitos izan una tortuga verde del Caribe. La explotación excesiva ha causado la decadencia de estas tortugas y de la cultura humana a la que ellas servían de apoyo.

La sociedad y la economía miskitas eran interdependientes. No había actividad económica sin contexto social, y todo acto social tenía un aspecto económico recíproco. Para el miskito, la carne, especialmente la de tortuga, era el recurso más estimado y valioso, porque era no solamente el sostén principal de la subsistencia, sino el bien que más comúnmente se

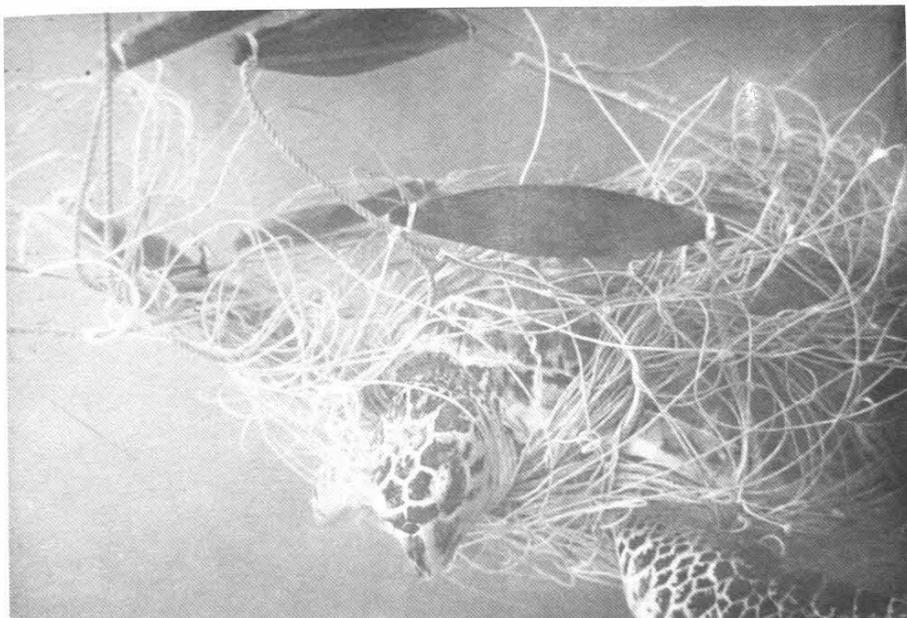


Figura 35. Al emerger del agua en busca de aire, esta tortuga carey queda atrapada en una red cerca de la superficie. La concha de esta rara especie será vendida al comercio de joyería.

distribuía entre los parientes y amigos. La carne compartida de esta manera satisfacía obligaciones y responsabilidades mutuas y allanaba las diferencias estacionales en la adquisición de proteína animal. De este modo, los demasiado jóvenes, o viejos, o enfermos, o de otra forma incapaces para obtener carne recibían su parte, y se lograba cierto equilibrio en el pueblo; se llenaban los requerimientos mínimos de alimento, se disponía de los excedentes para otros y se satisfacían las responsabilidades sociales.

Hoy en día, los miskitos ancianos recuerdan que cuando la carne era escasa en la población, algunos tortugueros se hacían a la mar en sus canoas durante un día para pescar con arpón en los campos tortugueros. Por la tarde regresaban los hombres, con sus velas al viento alisio del noreste, y trayendo carne para todos. Reunidos en la playa, los moradores ayudaban a arrastrar las canoas hasta un cobertizo de palmas. Después se sacrificaba a las tortugas y se distribuía la carne, y todos regresaban a su casa a cocinar el alimento.

Las circunstancias históricas y una serie de ciclos económicos de auge y depresión hicieron pedazos la sociedad miskita y el medio ambiente. En los siglos XVII y XVIII, el tráfico intermitente con los bucaneros ingleses y franceses —basado en el trueque de recursos forestales y marítimos por

herramientas y utensilios metálicos, ron y armas de fuego— impulsó a los miskitos a extender la caza, la pesca y el almacenamiento más allá de las necesidades de subsistencia, hasta crear empresas de explotación. (Fig. 36).



Figura 36. Los moradores del pueblo compiten por comprar carne de tortuga, pero no habrá para todos; las plantas procesadoras extranjeras compran entre el 70 y el 90 por ciento de la pesca.

Durante el siglo XIX y comienzos del XX, varias compañías de propiedad extranjera que operaban en el oriente de Nicaragua exportaban cau-

cho, madera y oro, e iniciaron la producción comercial del banano. Al intensificarse las influencias extrañas económicas y ecológicas, el contrato laboral a base de salario reemplazó a las relaciones económicas estacionales y de corto plazo; los delegados de compañías reemplazaron el tráfico limitado de bienes; y la explotación en gran escala reemplazó la extracción esporádica y selectiva. En los períodos de auge económico, la relación entre los recursos, la subsistencia y el medio ambiente fueron alterados para los miskitos. Los recursos se volvieron una mercancía con su marbete de precio, la explotación de mercado se volvió el modo de vida, y los salarios y los bienes extranjeros se volvieron una necesidad.

Durante más de 200 años, las relaciones entre los miskitos de la Costa y los ingleses se basaron en las tortugas de mar. Fue de los miskitos de quienes los ingleses aprendieron el arte de tortuguear, el cual organizaron entonces en explotación comercial intensiva de los campos tortugueros y playas de desove del Mar Caribe. Las tortugas de mar estaban entre los primeros recursos involucrados en las relaciones de tráfico y el comercio extranjero en el Mar Caribe. El zoólogo Archie Carr, verdadera autoridad en tortugas marinas, ha observado que “más que cualquier otro factor dietético, la tortuga verde fue el fundamento de la apertura del Mar Caribe”. La otrora abundante población suministraba el sostenimiento a las tripulaciones de barcos y a los nuevos colonos y operarios de las plantaciones.

Las Islas Caimán, colonizadas por los ingleses, se convirtieron en los siglos XVII y XVIII en el centro de la pesca comercial de tortugas en el Caribe. Para los comienzos del siglo XIX, la presión sobre los campos tortugueros y playas de desove de Caimán para el suministro de carne para los mercados caribeños y europeos se volvió tan grande, que la población de tortugas quedó diezmada. Los isleños de Caimán tuvieron que volverse hacia otras áreas tortugueras de Cuba, el Golfo de Honduras y la costa oriental de Nicaragua. Realizaban expediciones anuales, que duraban de cuatro a siete semanas, a los campos tortugueros miskitos para pescar tortugas verdes con redes, o comprarlas vivas algunas veces, o comprar calipee seco y conchas de tortuga Carey (*Eretmochelys imbricata*) a los indios miskitos. La pesca anual de tortugas verdes por parte de los tortugueros caimanianos, según los informes, era de entre 2.000 y 3.000 anuales en los primeros años de la década del 1960, cuando el Gobierno de Nicaragua suspendió la renovación de los permisos de pesca para los isleños.

La extracción intensiva del recurso por parte de las compañías extranjeras, produjo un grave agotamiento y una grave alteración del medio ambiente. Para la década del 1940, muchos de los auges económicos se habían convertido en depresiones. Como los recursos se agotaban y los costos operativos aumentaban, las compañías disminuyeron su producción y se trasladaron hacia otras regiones de Centro América. Así pues, los sostenes principales que habían ayudado a proporcionar a los miskitos trabajo, dinero, mercados y bienes extranjeros, habían desaparecido. Los barcos de suministro y los comisariatos de las compañías también desaparecieron, el dinero se volvió escaso y los artículos comprados en almacenes se volvieron caros.

En el remanso del período dorado de auge en desaparición, los miskitos quedaron con una ética de pobreza, pero todavía poseían las habilidades de subsistencia que habían mantenido su cultura por centenares de años. Su medio ambiente terrestre y acuático era capaz todavía de proporcionar recursos seguros para el consumo local. Tal como había sido en el pasado, la pesca de tortuga se volvió un modo de vida, una proveedora de vida en sí. Pero la cultura de subsistencia tradicional no podía ya integrar la sociedad y el medio ambiente miskitos en un estado de equilibrio. Los recursos naturales se veían ahora como poseedores de un valor y el trabajo como portador de un marbete de precio. Todo lo que se necesitaba era un mercado.

Recientemente, dos compañías tortugueras extranjeras iniciaron sus operaciones en la costa oriental de Nicaragua. Una se estableció en Puerto Cabezas a finales del año 1968,¹ y otra se completó en Bluefields en 1969. Ambas compañías tenían capacidad para procesar y embarcar grandes cantidades de carne de tortuga verde y sub-productos hacia los mercados de Norte América y Europa. Las tortugas se adquirían por compra a los miskitos. Cada semana, los botes de la compañía visitaban las localidades costeras miskitas y los campos tortugueros de las islas frente a la costa para comprar tortugas verdes. La "compañía" había regresado, el dinero estaba otra vez a disposición y los miskitos eran expertos en la obtención del artículo deseado. Se avecinaba otro período de auge económico. Pero la diferencia significativa entre este auge y los anteriores, era que los miskitos estaban vendiendo ahora un recurso de subsistencia.

El resultado fue que la última gran población sobreviviente de tortugas verdes del Caribe quedó abierta a una explotación intensiva, de casi todo el año sin interrupción. Paradójicamente, serían los indios miskitos, que antes pescaban sólo lo que necesitaban para alimentación, los que conducirían el asalto a la población tortuguera remanente.

Otro elemento contradictorio en la historia de los miskitos y las tortugas, es que sólo a 325 kilómetros hacia el sur, en Tortuguero, Costa Rica, Archie Carr había dedicado quince años al estudio de las tortugas marinas y a la conservación y protección de la mayor playa de desove de dichas tortugas. Carr estima que más de la mitad de las tortugas verdes que desovan en el Tortuguero provienen de aguas nicaragüenses. La paradoja triste y exasperante es que un programa de conservación asegure la supervivencia de una especie en peligro, para que ésta sea explotada comercialmente en aguas vecinas.

La tortuga verde *Chelonia mydas*, es un reptil marino herbívoro, de gran tamaño y que respira aire. Ella se congrega en grandes poblaciones que pastan en campos de vegetación sub-acuática en aguas tropicales relativamente claras y de poca profundidad. Una tortuga adulta puede pesar 250 libras o más, y cuando es atrapada puede vivir indefinidamente en un encierro de agua salada, o por un par de semanas si se la mantiene a la sombra en tierra. Las tortugas verdes tienen por lo menos seis caracte-

¹ Esta compañía suspendió sus operaciones en 1973; sin embargo, otra compañía procesadora de tortugas se estableció en Corn Island en el mismo año

rísticas de comportamiento que tienen importancia en su explotación que ocurren en gran número de áreas localizadas; que respiran aire, de tal manera que tienen que emerger a la superficie; que desovan en grupos sociales masivos; que poseen una habilidad aguda para localizar sitios; que cuando son adultas, efectúan migraciones estacionales en ciclos que se extienden de dos a tres años, con el objeto de acoplarse y desovar; y que muestran patrones predecibles de distribución local. (Fig. 37).

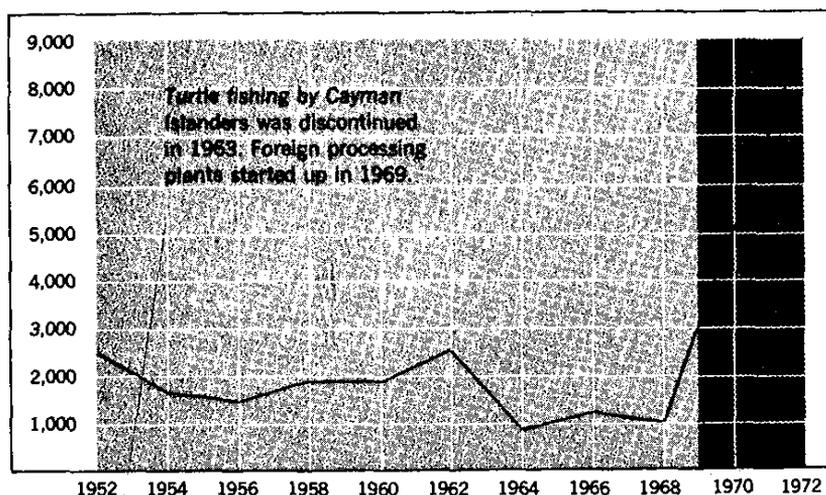


Figura 37 **Número de tortugas verdes exportadas anualmente de Nicaragua.**

La extensa plataforma de bajo fondo frente a la costa oriental de Nicaragua, está punteada por numerosas islitas coralinas, millares de arrecifes y vastos pastizales submarinos de vegetación marítima llamados “bancos tortugueros”. Durante el día, un grupo grande de tortugas puede ser encontrado pastando en uno de los muchos bancos tortugueros, mientras que un pastizal adyacente puede tener solamente unas pocas tortugas. Ellas consumen la vegetación, y suben periódicamente a la superficie en busca de aire y a flotar un rato antes de sumergirse de nuevo. Al caer la tarde, algunos grupos de tortugas abandonarán los campos alimenticios y nadarán hacia los bajíos, algunos de ellos a una distancia de seis u ocho kilómetros, con el objeto de pasar la noche. A las cinco de la mañana siguiente, se reúnen para partir de nuevo hacia los bancos. El comportamiento preciso y como de computadora de la tortuga entre los sitios de pastizaje y de dormida es bien conocido de los miskitos y ayuda a conseguir un buen tortugueo.

Cada poblado tortuguero costero explota una superficie marítima inmensa, que contiene muchos bancos y bajíos tortugueros. Por ejemplo, los miskitos de Tasbapauni utilizan una superficie marina de aproximadamente 1 600 kilómetros cuadrados, que contiene veinte bancos tortugueros grandes y casi cuarenta bajíos importantes.

Debido a que poseen patrones predecibles de movimientos y preferencias de habitat, las tortugas verdes por lo común son atrapadas por los miskitos de tres maneras: con arpones en los bancos tortugueros; con arpones en su ruta desde los bajíos hacia los campos de pastizaje, y sobre los bajíos empleando redes que atrapan a las tortugas cuando salen a la superficie en busca de aire.

El medio tradicional de los miskitos para atrapar tortugas era con arpones —un palo de dos y medio a tres metros con una punta corta desprendible atada con una cuerda fuerte. La tecnología simple apretujaba a dos tortugueros en una canoa pequeña y marinera para enfrentarse a las escurridizas tortugas. Para tortuguear exitosamente con arpón, se requiere un conocimiento amplio del comportamiento y los hábitos de las tortugas y una gran habilidad y experiencia en el manejo de una pequeña canoa en mares posiblemente agitados. Los tortugueros trabajan en compañía; el “golpeador” en la proa, el “capitán” en la popa. Juntos forman una sola unidad dedicada a la persecución delicada y casi silenciosa de una presa astuta, coordinando sus movimientos gracias a la experiencia y recibiendo el premio de su habilidad. Los tortugueros tienen mapas mentales de todos los bancos y bajíos de su región, cada uno denominado y localizado por medio de un sistema complejo de navegación celeste, cálculo de la distancia, dirección del viento y de las corrientes y movimiento individual del oleaje de superficie en cada sitio. Tradicionalmente, no todos los miskitos eran suficientemente expertos en faenas del mar y en saber marino para convertirse en “golpeadores” respetados, capaces de obtener tortugas aun en difíciles condiciones del mar. La suya era una profesión muy especializada. El arponeo restringía la posible explotación excesiva, pues las tortugas eran cogidas de una en una por dos hombres involucrados directamente en la caza, y sólo había un número limitado de “golpeadores” realmente hábiles en cada aldea.

Aquellos que todavía usan arpones deben levantarse de madrugada para aprovechar la brisa de tierra y tener tiempo suficiente para alcanzar los campos tortugueros alejados de la costa al rayar la primera luz. Los tortugueros que van a ir por el día, o por varios días, se reúnen en la playa a las 2 00 a m. Arrastran las canoas sobre rodos de bambú desde los cobertizos costeros de palma hasta el borde del agua. Allí, ante el embate del oleaje aminorado, se carga y se pone en seguridad la comida, el agua, los remos, los mecates, los arpones y las velas. Usando un palo largo, el hombre que va de pie en la proa impulsa la canoa a través de la marejada espumante, mientras que el capitán en la popa mantiene la navecilla en un curso recto por medio de un remo de caoba de dos metros de largo. Una vez cruzada la rompiente interior, los hombres estudian el oscuro mar que rueda en su oleaje exterior hasta que se produce una pausa momentánea en las series: entonces, con sus remos bien profundizados, impulsan la estrecha canoa de seis metros de largo por encima de las olas encrespadas, levantándose arrojadamente sobre la cara de cada ola y después descendiendo por el otro lado, mientras el cielo y el mar se balancean ante la vista. Una vez traspasadas las rompientes, izan la vela y, al impulso de la brisa de tierra, enfilan la canoa rumbo a una estrella del cielo de levante.

El curso a recorrer se determina mediante una estrella fija y mirando hacia atrás hacia un cocotero prominente en el horizonte de tierra. Los cambios de ruta se hacen para corregir el rumbo debido a la dirección e intensidad de los vientos y corrientes. Después de dos o tres horas de navegación a vela, los hombres llegan a un punto lejano situado entre un bajío que sirve de dormitorio de las tortugas y un banco de pastizaje. Allí interceptan y siguen a las tortugas que parten hacia bancos específicos.

Ya en los bancos, los tortugeros reman silenciosamente, poniendo atención al sonido que produce una tortuga que “sopla”. Cuando la tortuga emerge a la superficie en busca de aire emite un sonido sibilante que puede oírse a quince o más metros de distancia en un día calmo. Como la tortuga permanece cerca de la superficie solamente uno o dos minutos antes de sumergirse nuevamente a comer, los pescadores tienen que acercársele rápida y silenciosamente, maniobrando la canoa directamente de frente o por detrás de la tortuga. Estos son sus puntos ciegos. Una vez arponeada, la tortuga estalla en un frenesí de actividad, arrastrando la canoa a gran velocidad en su desesperado y subacuático intento de escape, hasta que se cansa y puede ser halada junto a la canoa.

El arponeo de tortugas es un arte que está desapareciendo. El método que ahora predomina para atrapar tortugas es por medio de redes. Desde que éste se introdujo, el uso diseminado de redes tortugueras ha alterado drásticamente la estrategia y la productividad del tortugero. Traídas originalmente por los isleños caimanianos a los miskitos, ahora son distribuidas extensamente las redes al crédito por las compañías tortugueras. Este simple cambio tecnológico, junto con el aumento de la demanda en el mercado de las tortugas, intensificó la presión contra las poblaciones de tortuga verde.

Las redes son como de dieciséis metros de largo por tres metros de ancho, y con boyas hechas de flotadores de madera anclados en el fondo por medio de una sola cuerda, cuelgan de la superficie a la manera de banderas sub-acuáticas, cambiando de dirección conforme a la corriente. Se colocan en su lugar a la luz del día, cuando los tortugeros pueden ver las zonas oscuras de los bajíos. Dos miskitos pueden colocar de cinco a treinta redes desde una canoa, a menudo saturando un bajío pequeño. Al caer la tarde, las tortugas verdes regresan a su bajío a pasar la noche. Allí duermen junto o debajo de un saliente de coral, emergiendo periódicamente a respirar en el sitio en donde un dosel de redes las espera.

Coger tortugas con redes requiere poca habilidad; cualquiera que posea una canoa puede ser ahora tortugero. Los miskitos colocan millares de redes diariamente, cubriendo intensamente los habitats nocturnos de densa población. Los miskitos más jóvenes pueden volverse tortugeros casi de la noche a la mañana, con sólo seguir a los adultos de mayor experiencia hacia los bajíos, defraudando así la necesidad de años de experiencia y conocimientos acumulados que otrora fueron dominio de los “golpeadores”. Lo único que hay que hacer es aprender dónde colocar las redes, retirarse de noche, desenredar a la mañana siguiente las tortugas atrapadas y volver

a colocar las redes. El resultado puede predecirse fácilmente; a mayor cantidad de tortugeros que usen métodos más efectivos, mayor cantidad de tortugas cogidas.

Con un mercado de tortugas asegurado, los miskitos dedican más tiempo a cogerlas, viajan a mayor distancia y permanecen en el mar más tiempo. Su dependencia aumentada respecto a las tortugas como fuente de ingresos y el mayor consumo del tiempo han significado un rompimiento de la agricultura, caza y pesca de subsistencia. Los miskitos ya no producen bienes alimenticios para sí mismos, compran artículos importados, con el dinero que ganan de la venta de tortugas. Atrapados entre prioridades contradictorias, —su sistema tradicional de subsistencia y la economía de mercado— los miskitos están optando por el dinero.

Los miskitos están ahora envueltos en un sistema de realimentación positiva, en donde el cambio engendra cambios. Las aldeas costeras confían en las tortugas como medio de subsistencia. La merma en el aprovisionamiento de subsistencia ha conducido a la necesidad de obtener alimentos al crédito en los establecimientos locales, para poder dar de comer a las familias en las aldeas y a los hombres durante sus expediciones tortugeras. Las elevadas pescas iniciales de tortugas alentaron a más miskitos a participar, y para 1972 los logros por persona y por día comenzaron a declinar notoriamente.

A fines del año 1972, varios meses después de mi regreso a Michigan, recibí una carta de un viejo tortugero que me decía “La tortuga se está poniendo escasa, Sr Barney. Ud. nos dijo que eso sucedería entre cinco y diez años más tarde, pero está sucediendo ahora”.

Con la carga de una super-dependencia respecto a una especie en peligro y con las deudas acumuladas por alimentos y redes, los miskitos están encontrando cada vez más difícil no sacar pérdidas, y mucho más obtener ganancias. Como disponen de pocas alternativas económicas diferentes, el paso inevitable es usar más redes y permanecer en el mar más tiempo.

Las compañías tortugeras alientan a los miskitos a que expandan sus actividades y les suministran materiales de construcción, de tal modo que puedan construir casas en los cayos frente a la Costa, suprimiendo de esta manera la necesidad de regresar a tierra firme bajo mal tiempo. En sus recorridos semanales de un lado a otro de la costa, las embarcaciones de las compañías llevan alimentos, aparatos de tortugero y dinero para comprar tortugas en los campos de pesca, desde los Cayos Miskitos a los Cayos Set Net. Las visitas frecuentes mantienen el entusiasmo de los miskitos para regresar a sus aldeas con tortugas. Los días sábados, los moradores de las aldeas miran hacia el mar, observando el regreso de las canoas. Unos cuantos traerán tortuga para sus familias; la mayoría traerá solamente dinero. Muchos regresan sin una u otra cosa.

Muchos miskitos prefieren permanecer en casa los días domingos para visitar a sus amigos y por motivos religiosos. (Hay iglesias de las misiones morava, anglicana, y católica en muchas de las aldeas). Pero cada

vez más los tortugueros están permaneciendo fuera de casa por períodos de dos a cuatro semanas. La iglesia puede prometer la salvación, pero sólo las compañías tortugueras pueden proporcionar el dinero.

Al regresar a sus aldeas, los tortugueros se enfrentan a un dilema complejo: cómo satisfacer las demandas sociales y económicas con un recurso limitado. Las reglas sociales tradicionales de los miskitos estipulan que la carne de tortuga debe ser compartida con los parientes, pero el nuevo sistema económico exige que las tortugas se vendan para obtener una ganancia económica personal. Los parientes esperan el obsequio de carne, y los amigos esperan que se les venda carne. A los tortugueros los asedian con solicitudes que los obligan a decidir quién recibirá y quién no recibirá carne. Esto es contra la ética tradicional miskita, que se basa en la generosidad y en la preocupación mutua por el bienestar de los demás. Los miskitos de más edad preguntan por qué los tortugueros tienen que distribuir un alimento que antes era abundante y estaba a disposición de todos. Los tortugueros venden y regalan a otros tortugueros, asegurando de ese modo el tratamiento recíproco para sí mismos, pero sencillamente no hay tortugas suficientes para acomodarse a otros requerimientos económicos y sociales. Con el fin de tener suficientes tortugas que vender, son pocas las que se sacrifican en las aldeas. Esto significa que se está consumiendo menos carne que antes de iniciarse las operaciones de las compañías tortugueras. Los miskitos venden en la actualidad del 70 al 90 por ciento de las tortugas que cogen; en un futuro cercano venderán más todavía y comerán menos.

DISTRIBUCION DE LA CARNE DE TORTUGA ENTRE VENTA Y OBSEQUIO

PORCENTAJE DE HABITANTES*	LIBRAS RECIBIDAS POR PERSONA
18	10-14 +
28	6-9
32	2-5
22	0-1.9

* Población de 998 convertida al equivalente de 711 adultos varones

Durante el período de un mes del 15 de Abril al 15 de Mayo de 1971, los tortugueros de Tasbapauni, Nicaragua, atraparon 125 tortugas verdes. De éstas, 91 se vendieron a compañías tortugueras; las otras 34 se sacrificaron y la carne se les vendió o se les regaló a los moradores. En total se distribuyeron 3 900 libras de carne de tortuga, pero el 54 por ciento de los habitantes recibieron 5 libras o menos, cantidad insuficiente para los requerimientos proteínicos de la dieta de un adulto.

La tensión y la fricción social van aumentando en los poblados. Las relaciones de parentesco se están poniendo tensas por algo que algunos moradores interpretan como preferencias y mezquindades en la distribución de la carne. En vez de soportar el trauma ocasionado por tener que racionar un artículo limitado a sus compañeros de poblado, muchos tortugueros

prefieren vender todas sus tortugas a la compañía y regresar con el dinero, que no tiene que ser repartido. Sin embargo, si un miskito vende todo a la compañía, probablemente no podrá conseguir carne para sí mismo en el pueblo, a pesar del parentesco o de su poder adquisitivo. Yo escuché a un anciano tortuguero que refunfuñaba hablando consigo mismo mientras sacrificaba una tortuga:

—No vendo ni les doy carne. Que se coman sus reales.

La situación anda mal y se está poniendo peor. Los individuos muy viejos o enfermos para poder valerse por sí mismos, a menudo reciben poca carne o poco dinero de sus parientes. Las familias donde no hay tortugeros, son familias sin dinero y sin acceso a la carne. La tendencia es hacia la individualización de las familias nucleares, operando para sus propios fines económicos. Las aldeas miskitas se están volviendo vecindarios en vez de comunidades.

La dieta de los miskitos ha sufrido en calidad y cantidad. Menos proteína y menor variedad de alimentos vegetales y frutas consumidas. Los actuales elementos de la dieta —arroz, harina, frijoles, azúcar y café— proceden de la tienda. En una aldea miskita, el 65 por ciento de todos los alimentos consumidos en un año fue comprado.

Además de la significación nutricional de lo que se está convirtiendo en una dieta de casi sólo carbohidratos, la dependencia respecto a alimentos comprados ha tenido también repercusiones económicas importantes. La caída inflacionaria, generada por escaseces nacionales e internacionales, ha golpeado a los miskitos.

La mayor parte de los bienes que ellos compran son importados, predominando los provenientes de los Estados Unidos. En los últimos cinco años los precios de las mercancías han aumentado de un 100 a un 150 por ciento. Esto ha producido un impacto abrumador sobre los miskitos, quienes gastan del 50 al 75 por ciento de sus ingresos en comida. En consecuencia, su entrada en el mercado con la venta de un recurso de subsistencia, desviando el trabajo de las labores agrícolas e intensificando la explotación de una especie que desaparece, ha producido la consecuencia de que ellos consuman alimentos de baja calidad y elevado precio.

Los miskitos dependen ahora de sistemas externos para el suministro del dinero y de los materiales que están sujetos a las fluctuaciones del mercado mundial. Han perdido su autonomía y sus relaciones de adaptación al medio ambiente. La vida ya no es gratificadora en lo social ni es satisfactoria su dieta. Los miskitos costeos se han convertido en un sector especializado y altamente vulnerable de la economía de mercado global.

La pérdida del mercado de las tortugas sería un serio golpe económico para los miskitos, quienes casi no tienen otros medios de obtener dinero para lo que ahora han llegado a ser necesidades suyas. No obstante, la explotación continuada reducirá seguramente la población de tortugas a un nivel crítico.

Se necesita con urgencia de legislación nacional e internacional. Por lo menos hay que parar la pesca comercial de la tortuga durante varios años, hasta que la población de la *Chelonia* pueda rebotar y se puedan establecer cuotas de explotación. Si bien hay que permitir la pesca de tortugas para la subsistencia, debe vedarse la exportación de productos de la tortuga de mar usados en el comercio de artículos para gourmets, para cosméticos o para joyerías.

Debe advertirse, sí, que la legislación restrictiva no es un tema popular en Nicaragua, país azotado recientemente por terremotos, erupciones volcánicas y huracanes. Un programa de conservación de la tortuga marina que se le sometió al Gobierno de Nicaragua para su consideración, terminó entre los escombros que dejó el terremoto que devastó Managua en Diciembre de 1972, añadiendo una triste nota de pie de página a la situación de los miskitos y las tortugas de mar. Teniendo otros problemas que encarar, el Gobierno no ha revisado todavía lo que está sucediendo en la lejana costa oriental, separada de la capital por más de 325 kilómetros de pluviósela —y largos años de abandono.

Tal como está ahora la cosa, las tortugas van al precipicio y con ellas van los miskitos, —según parece, un problema pequeño a escala del cambio ecológico y cultural que está en marcha en el mundo. Pero cada situación localizada envuelve especies y sociedades con larga historia y, tal vez, corto porvenir. Son veletas en medio de los vientos conflictivos de las prioridades económicas y ambientales. Tal como dice la canción de Bob Dylan, “No se necesita ser meteorólogo para decir en qué dirección sopla el viento”. (Fig. 38).

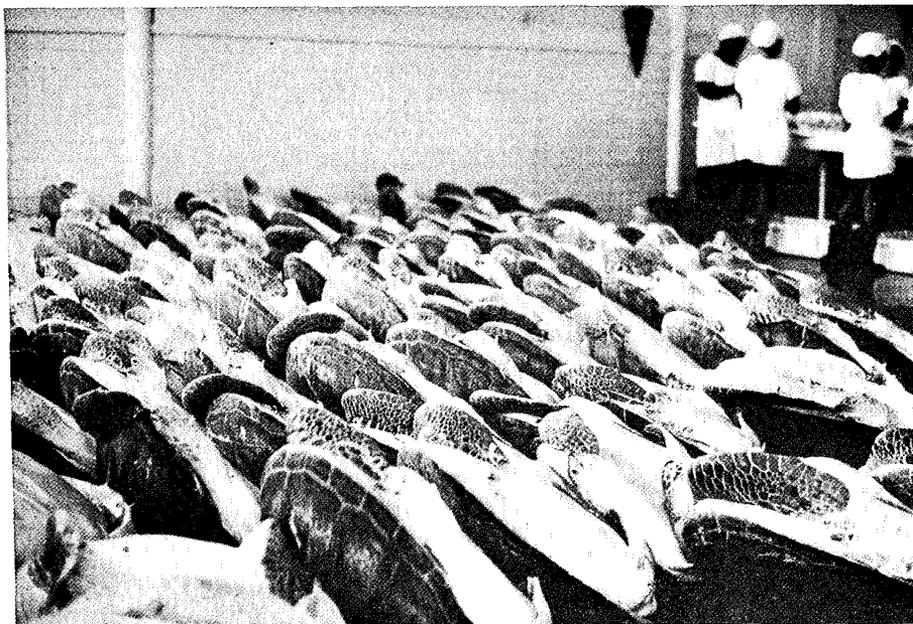


Figura 38. Tortugas verdes de los Cayos Miskitos esperando el sacrificio en una de las plantas tortugueras de la costa oriental de Nicaragua. Esto es parte de un embarque de 300 tortugas que se recibió esa semana.

ECONOMIA DEL TORTUGUEO: EN CADA VENTA UNA PERDIDA

BRIAN WEISS*

Todos los años en la costa oriental de Nicaragua, los indios miskitos cambian millares de tortugas de mar por decenas de millares de córdobas. Un torrente de tortugas de mar fluye hacia las compañías comerciales, a cambio de un río de dinero. Sin embargo, la economía y la ecología del tortugueo son tales, que los miskitos sufren una pérdida en cada transacción, y estas pérdidas amenazan poner fuera del comercio a los miskitos y a las tortugas.

A diferencia de lo que casi siempre sucede en el comercio, los miskitos no compran un producto al por mayor para revenderlo al menudeo, ni fabrican un objeto con materias primas. Lo que ellos hacen es extraer un recurso natural —un recurso que ha desempeñado un papel de gran importancia en su sistema social y de subsistencia por centenares de años. Las consecuencias de esta negociación son de este modo económicas y sociales, y los miskitos sufren una pérdida en ambas transacciones.

INGRESOS DE LOS PUEBLOS

Mientras la mayoría de la gente que vive en la ciudad busca trabajo, los indios miskitos costeños buscan tortugas. Para la mayor parte de los 10.000 indios que se calcula viven en la Costa nicaragüense del Mar Caribe (Nietschmann, 1973:47), el tortugueo no es solamente la industria principal... es la única industria en cada pueblo.

Los miskitos persiguen a las tortugas casi todas las semanas del año, siempre que el tiempo lo permita. Salen de madrugada los días lunes o martes, en sus canoas veleras de caoba. Llevadas por sus velas de sacos harineros, pasan el resto de la semana en los cayos frente a la Costa. Los tortugueros colocan sus grandes redes durante el día, con la esperanza de atrapar alguna tortuga cuando regrese a su bajío familiar por la tarde, después de haber pastado en los abundantes pastizales submarinos, de hierba de tortuga que hay en las cercanías.

* El artículo *The Economics of Turtling A Loss on Every Sale* (Economía del Tortugueo: En Cada Venta una Pérdida) por Brian Weiss, Profesor Asistente, Universidad de California, Los Angeles, se reproduce aquí con permiso especial del autor.

Cuando el sol de cada día barre del mar la cubierta de oscuridad, los miskitos van hacia sus redes, con la esperanza de encontrar el revelador sacudimiento de las boyas que descubre la presencia de una tortuga atrapada. Muchos de ellos colocan de cinco a diez redes, y les toma de una a varias horas a los tres o cinco hombres de cada canoa el movilizarse entre los diversos bajíos en donde están seguros de que hay tortugas.

Las tortugas atrapadas se llevan a bordo de las canoas y se voltean panza arriba, y allí quedan desamparadas y silenciosas, salvo los suspiros de cuando en cuando, al vaciar y rellenar sus pulmones. Las tortugas son echadas después a *corrales*, estanques de poca profundidad encerrados por rocas en las márgenes de los cayos, en donde esperan la venta o el sacrificio.

Los miskitos venden las tortugas a una planta procesadora que está en Bluefields.¹ La compañía puede enviar una lancha a los cayos o a las aldeas a comprar tortugas. Con mayor frecuencia uno de los propietarios de un tosigoso bote a motor de diesel realizará las rondas, ya sea pagando en efectivo o prometiendo pagar, y ganándose 15 córdobas por cada tortuga, que es la diferencia entre el precio en el pueblo y en la planta.

De Abril de 1972 a Marzo de 1973, llevé un apunte detallado de las tortugas cogidas por los habitantes de Little Sandy Bay, un pueblcito de 377 moradores ubicado como a siete kilómetros al norte del Río Grande. Como en la mayor parte de los pueblcitos costeros miskitos, casi todos los ingresos de Little Sandy Bay y una gran parte de lo que comen, se derivan de las tortugas de mar. (Fig. 39).



Figura 39. **Vista aérea del pueblcito miskito de Little Sandy Bay.** Foto de Bernard Nietschmann.

¹ Una segunda planta que operaba en Puerto Cabezas cuando se realizó este estudio, se cerró posteriormente, pero se abrió otra en Corn Island hace poco.

En este período de un año, los tortugeros de Little Sandy Bay cogieron un total de 913 tortugas. De estas 913, 743 (el 81 por ciento) fueron vendidas a la compañía (véase la Fig. 40), la cual pagó de 70 a 80 córdobas (de 10.00 a 11.40 dólares) por cada tortuga, produciendo un ingreso total para la aldea, de aproximadamente ₡56.000 o sean US\$8.000.

MES	TORTUGAS VENDIDAS	TORTUGAS CONSUMIDAS	TOTAL	% VENDIDAS
Enero	52	10	62	84
Febrero	18	6	24	75
Marzo	41	13	54	76
Abril	71	12	83	86
Mayo	102	35	137	74
Junio	20	20	40	50
Julio	8	7	15	53
Agosto	106	15	121	88
Septiembre	102	16	118	86
Octubre	32	12	44	73
Noviembre	157	18	175	90
Diciembre	34	6	40	85
TOTALES	743	170	913	81

Figura 40 **Número de Tortugas Cogidas, Vendidas y Consumidas en Little Sandy Bay, de Abril de 1972 a Marzo de 1973.**

El flujo de dinero es estacionalmente errático, variando según el estado del tiempo, la suerte de los tortugeros y la disponibilidad de un comprador. Más del 10 por ciento (99 sobre 913) fueron cogidas en el período del 15 de Mayo al 15 de Julio, cuando está prohibida la venta comercial de tortugas.² Los logros mensuales anduvieron desde un bajo 15 en Junio hasta un elevado 175 en Noviembre. Aunque el promedio de logros mensuales fue de 76, hubo siete meses en que se lograron menos de esa cantidad. Casi la mitad de las tortugas (451 sobre 913) se cogieron durante cuatro meses. El flujo disparejo e incierto del dinero hace que el oficio de tortugero se parezca más al de buscador de tesoros que al de trabajador de fábrica.

La única otra fuente importante de ingresos en Little Sandy Bay son los salarios de los jóvenes que abandonan temporalmente la aldea para

² Esta temporada de veda tiene por objeto proteger a las hembras portadoras de huevos que van a desovar en la playa de Tortugero, Costa Rica

trabajar en botes pesqueros o camareros. Muchos jóvenes del pueblito probarán su habilidad en este campo, ya sea porque no tienen dinero para comprar equipo tortuguero, o porque es una de las pocas alternativas económicas en que pueden ganar dinero. Muchos gastan gran parte de su salario en Bluefields, El Bluff o Puerto Cabezas, tal vez regresando a su pueblo una o dos veces con un par de centenas de córdobas. En el año 1972-1973, 26 personas de Little Sandy Bay tenían empleo fuera del pueblo. Cálculo que trajeron 500 córdobas cada uno, o sea un total de cerca de 13.000 córdobas, equivalente a US\$1.850.00.

El pueblo tuvo así un ingreso estimado de aproximadamente \$69.000 al año, o sea un promedio de un poco más de \$1.000 para cada casa de Little Sandy Bay. Sin embargo, esta cifra esconde diferencias individuales considerables que son una fuente importante de dificultades en el pueblo.

VARIACION DE LOS INGRESOS

Los miskitos se quejan amargamente de que ahora todo tiene que ser comprado con dinero, y que eso proviene de que algunos lo tienen y otros no.

No siempre ha sido así. A través de gran parte de su existencia, los miskitos fueron una sociedad de subsistencia, que obtenían todo su alimento, abrigo y necesidades materiales de los recursos existentes en su ecosistema local. Aunque ningún individuo tenía mucho, todos tenían todo. No había clases, ni pobres, en la sociedad miskita tradicional.

El sistema social forzaba y reforzaba la ética del igualitarismo. La sociedad miskita tradicional se centraba en una trama de personas con base en el parentesco, en la que cada persona tenía la obligación de compartir el alimento con sus parientes. La carne de tortuga y todos los demás alimentos que había en exceso de las necesidades domésticas inmediatas, se obsequiaba gratuitamente a los parientes, quienes igualmente en forma gratuita serían otro día los donantes. Regalar un pedazo de carne llegó a ser un acto a la vez económico y social. Proporcionó un medio de establecer lazos de unión entre la gente, y al mismo tiempo alivió las irregularidades en el suministro que pudiera experimentar un hogar.

Esto es particularmente crítico cuando se considera un recurso natural como la carne de tortuga. Cada tortuga suministra alrededor de 100 libras de carne. Si no existe un sistema de compartirla, cada hogar tendría que buscar su propia tortuga, y al no disponer de medios para conservar la carne, la mayor parte de cada tortuga se desperdiciaría. El intercambio de carne entre los diversos hogares significaba que se recogía el mínimo de tortugas necesario para la alimentación del poblado. También significaba

que cada hogar tenía su alimento, a pesar de las diferencias de suerte en la pesca de cada individuo. La regla predominante era que si alguien tenía carne, la distribuiría.

Hoy en día la regla se ha vuelto que si alguien tiene dinero lo guarde para sí mismo. El dinero proviene de las tortugas; por consiguiente, la mayor parte de los adultos varones de la población persiguen al escurridizo reptil marino. Muchos lo intentan, pero pocos prosperan.

Durante el año en que llevé mis apuntes, 108 hombres cogieron una o más tortugas en Little Sandy Bay.³ (Fig. 41). Sin embargo, 78 de esos hombres cogieron menos de 10 tortugas, y la mitad de los tortugueros cogieron más de la tercera parte. (314 sobre 913) de los logros del año.

NUMERO DE TORTUGAS	NUMERO DE TORTUGUEROS	PORCENTAJE DE TORTUGUEROS
35+	3	23
30 — 34	3	23
25 — 29	3	23
20 — 24	4	4
15 — 19	9	8
10 — 14	8	7
5 — 9	24	22
1 — 4	54	50
	108	100

Figura 41 **Número y porcentaje de tortugas verdes cogidas por tortugueros individuales en Little Sandy Bay, de Abril de 1972 a Mayo de 1973.**

Coger una tortuga es ahora una faena que requiere tiempo. Los viejos tortugueros hablan de tiempos, que ellos recuerdan, cuando una canoa salía de madrugada sin perder nunca de vista el pueblo, y regresaba por la tarde cargada de tortugas. En cambio ahora se requiere un promedio de más de una semana en los cayos por cada tortuga que coge un hombre. En los datos de siete meses de los cuales llevé apuntes (Fig. 42), los hombres de Little Sandy Bay emplearon un promedio de 59 noches-hombre de pesca por cada tortuga que cogieron. En varios meses, esta inversión de tiempo creció hasta dos semanas de trabajo por cada tortuga cogida.⁴

³ Algunos de estos individuos eran moradores temporales del poblado, más bien que residentes permanentes

⁴ Por lo común eran cuatro las noches de pesca por semana, pues los pescadores salían al mar los martes por la mañana y regresaban los sábados por la tarde

MES	NOCHES-HOMBRE*	TORTUGAS COGIDAS**	NOCHES-HOMBRE POR TORTUGA
Septiembre	504	107	4.7
Octubre	311	44	7.1
Noviembre	610	175	3.5
Diciembre	372	40	9.3
Enero	434	57	7.6
Febrero	202	24	7.4
Marzo	575	48	10.6
	2.919	494	5.9

Figura 42 Trabajo estacional empleado en la pesca de tortugas y su productividad, Little Sandy Bay, Septiembre de 1972 a Marzo de 1973.

El tiempo es un recurso crítico para los miskitos. En los primeros meses del año, cuando ha pasado la estación lluviosa, deben prepararse y sembrarse los campos agrícolas. El tiempo consumido en el tortugueo es un tiempo que se le resta a la agricultura. Los meses de Enero, Febrero y Marzo eran tres de los cuatro peores meses, en lo que se refiere a la cantidad atrapada de tortugas por noche de trabajo, y a pesar de ello gran número de individuos salían al mar, cada uno con la esperanza de hacer el dinero necesario para comprar los alimentos que no iba a sembrar. Unos cuantos lo lograban, pero muchos no.

ECONOMIA DOMESTICA

Después que ha recibido 80 córdobas por su tortuga, el hombre se dirige hacia su casa. Puede que llegue allá, no con 80 córdobas, sino con 60, 50 o menos.

La disminución puede comenzar con el pago de 10 córdobas al dueño de la canoa en que el hombre fue a tortuguear. De las 67 moradas que había en Little Sandy Bay, sólo 31 dijeron poseer canoa, y muchas de

* Un hombre colocando redes por una noche.

**Los totales mensuales pueden variar ligeramente de los de la Fig 40, ya que los datos de esta tabla fueron recogidos sobre base semanal. Si el día primero de un mes caía en cierta semana, todos los datos eran asignados al mes en que hubiera mayor número de días de pesca para esa semana.

éstas ya no servían. Una canoa de velas es una inversión considerable, con un costo de 500 a 1,000 córdobas, y muchos individuos nunca logran acumular el capital necesario para construir una.

Otros 10 córdobas puede que haya que pagarlos por el alquiler de las redes. Las grandes redes tortugueras, como de 15 metros de largo por 4 metros de hondo, son hechas de cuerda de nylon y se les compran a las compañías camaroneras o tortugueras de Bluefields o El Bluff. Cuesta como 50 córdobas la cuerda necesaria para cada red, y cada tortuguero poseerá de cinco a diez redes. En Little Sandy Bay, en casi el 75 por ciento de las casas poseen redes tortugueras. El viento, las fuertes corrientes y los botes camaroneros que pasan, son otros tantos peligros que significan una necesidad casi constante de reemplazar las redes perdidas o dañadas.

Con sus 60 córdobas en mano, el tortuguero está casi listo para ir a su casa, pero antes debe efectuar una o dos paradas más. La primera, porque probablemente debe dinero a algún tendero por la comida consumida mientras andaba tortugueando. Las provisiones de una semana, que consisten en unas dos libras de arroz, algunas libritas de harina, azúcar, un poquito de café y un paquete de cigarrillos, representan un total de siete a diez córdobas.

Por último, puede que el tortuguero tenga un socio, y que por ello le sea necesario repartir equitativamente el dinero restante. Cuando dos hombres convienen en asociarse, se dividen el producto de todas las tortugas que ambos cogen. Este convenio tiene por objeto reducir el riesgo de regresar a casa con las manos vacías, pero también es origen de muchos rozamientos. Si un hombre es marcadamente más afortunado que su socio en un determinado viaje, con frecuencia resiente el tener que compartir el dinero, y tal vez el pago sea tardío, a regañadientes o disminuido.

Al llegar a casa con 20 ó 30 córdobas en mano, el tortuguero encara la difícil tarea de asignar su dinero a la comida, la vivienda, el vestido y otras cosas esenciales, tal como lo haría un obrero de fábrica. Sin embargo, a diferencia del trabajador fabril, el tortuguero no tiene idea de cuánto recibirá la siguiente paga.

Una de las asignaciones que toda persona tiene que hacer cada año es para la siembra de sus campos. El trabajo de rozar, quemar y preparar los terrenos agrícolas lo realiza totalmente el dueño del lote respectivo, tal vez ayudado por su mujer, sus hijos u otros miembros de la familia. Sin embargo, la siembra es una tarea que requiere el empleo de gran cantidad de trabajo en un día.

Todo ese trabajo se ofrece y se acepta sobre la base de un sistema de intercambio recíproco conocido como *pana-pana*, expresión miskita que literalmente significa "mano a mano". En vez de pagarle a las personas que llegan a ayudarlo en la siembra, el individuo está obligado a proporcionarles a su vez un día de trabajo en las siembras de los campos de ellos. Además, el dueño del terreno debe proporcionar la comida de todos los trabajadores, y este requerimiento es el que impone la carga en efectivo.

La siembra de un terreno promedio, puede involucrar un gasto de 100 córdobas o más para comida, la cual se supone que incluirá café y pan antes de comenzar las labores, una bebida de agua azucarada con pan a media mañana y una comida completa de carne de tortuga y yuca u otro carbohidrato feculento a mediodía.

La siembra es una manera de igualar las diferencias económicas entre las personas. Aquellos tortugueros que han cogido tortugas y tienen dinero, pueden sembrar una parcela grande, pues pueden proporcionar la comida para el gran número de personas involucradas (en un caso, se presentaron 116 personas para sembrar un terreno). Aquellos que disponen de poco dinero, pueden arreglárselas para comer bien durante por lo menos un par de meses cada año, con sólo presentarse con regularidad mientras se están sembrando los campos.

Al mismo tiempo, aquellos que tienen mala suerte en el tortugueo, puede que tengan que sembrar menos terreno del que se proponían, o tal vez nada en absoluto. Como el mejor tiempo para coger tortugas coincide con el período en que deben prepararse las tierras, puede que los hombres consuman tanto tiempo buscando tortugas para obtener dinero para la siembra, que no tengan tiempo para preparar las tierras. Atrapados en este círculo vicioso, puede que muchos individuos realicen un esfuerzo irregular en la agricultura, sembrando sólo el terreno suficiente para no morir de hambre y empleando el resto de su tiempo en el tortugueo, con la esperanza de la pesca grande que los liberará de la necesidad de realizar lo que ellos, con desdén, llaman “trabajo de indios”.

Los miskitos han pasado de una economía de subsistencia, con un flujo relativamente constante y en que se podía confiar, de alimentos y materias primas, a una economía de efectivo, en donde la incertidumbre y la imposibilidad son visitantes frecuentes. El cambio les ha traído muchos conflictos a los miskitos, conflictos de actitud y de comportamiento, que reflejan las contradicciones entre lo viejo y lo nuevo, con los miskitos en medio.

COMPORTAMIENTO “ECONOMICO”

Muchos individuos pasan semanas, y hasta meses, sin coger una sola tortuga y, por lo tanto, sin dinero. Mientras había alimentos que compartir, muchos de esos hogares eran mantenidos gracias a esa coparticipación continuada. Cuando se sacrificaban tortugas en un pueblo para servir de alimento, se repartía en calidad de obsequio un promedio del 35 por ciento, y otro 43 por ciento se retenía para uso en casa del tortuguero. Pero ahora hay cada vez menos y menos alimento disponible para repartición. Sólo 170 de 913 tortugas cogidas por los moradores se usaron para

alimento, y casi la tercera parte de ellas se consumió en los dos meses de la temporada de veda. En el resto del año, los miskitos disponían de muy poca carne de tortuga que comer, mucho menos para compartir.

Si bien la carne es para compartirla, el dinero no lo es, y he ahí la razón de que los miskitos se sientan infelices por la economía de dinero efectivo que ahora predomina en sus pueblos. El dinero representa un conflicto para los miskitos; el dinero es para acumularlo y para establecer diferencias, mientras que toda la tradición miskita es de dar y de ser igualitarios. La carne es para dar, el dinero es para obtener, y no existe solución fácil de este conflicto.

La gente se siente un poco desconcertada por el dinero; uno puede pasarse una hora entera en una carnicería y escasamente ver un solo córdoba. El dinero se enrolla en paquetitos apretados que el que los recibe oprime rápidamente con sus manos. Es imposible encontrar un sólo morador de un pueblo que esté dispuesto a admitir que anda consigo siquiera un córdoba, aun poco tiempo después de haber vendido un gran cargamento de tortugas.

Es embarazoso tener dinero en mano. Gastarlo a cambio de objetos materiales sería tratar de colocarse uno mismo aparte y esto es un comportamiento "orgullosa", que a los miskitos les disgusta. La única señal de "riqueza" material en el pueblo sería el poseer techo de zinc, de los cuales hay tres; todos en las casas de los tenderos. Estas personas están en desavenencia social con la comunidad y son consideradas como parásitos de "los pobres". Se considera injusta su negativa a conceder más crédito a los que tienen cuentas insolutas, pues se les reputa como que han ganado una cantidad tan grande de dinero en "todos estos años".

Ante la perspectiva de tener dinero a mano y la imposibilidad de gastarlo de alguna manera visible, muchos miskitos compran licor. Chicha y ron a 5 córdobas el galón y 10 córdobas la botella, respectivamente, absorben buena parte del ingreso semanal por tortugas. Bebiendo se puede uno divertir, recordar los "buenos tiempos antiguos", esparcir el bienestar en favor de unos cuantos amigos que no pescaron tortugas, y desembarazarse del dinero. Al llegar el lunes, los que pescaron no se pueden distinguir en lo que a dinero se refiere; unos y otros andan buscando sacar al crédito sus provisiones semanales para tortuguear.

Helms (1971.41) se hace eco de la observación de muchos que han visitado la Costa, esto es, que "los miskitos simplemente nunca han tenido que aprender a economizar" debido a la presencia de un sistema de subsistencia seguro. Yo argüiría que, cuando se trata de dinero, los miskitos no saben comportarse "económicamente" por razones culturales, no por falta de conocimiento. El sistema monetario se ha superpuesto al sistema cultural, pero éste permanece como determinante primario del comportamiento de las personas.

Una de las primeras cosas en que se pone en evidencia este conflicto está en la decisión del tortuguero sobre el destino que debe dar a una tortuga que ha atrapado: si vendérsela a la compañía, o llevarla al pueblo y

sacrificarla para consumo. La decisión no es solamente económica; si así fuera, todo el mundo vendería. Una tortuga que se vende a una compañía produce 80 córdobas, mientras que la que se sacrifica y se vende en el pueblo puede rendir de 10 a 20 córdobas, después que se ha tomado la parte de la casa y de lo que se obsequia.

Los hombres se quejan constantemente de que sus mujeres, que son las que se encargan de distribuir la carne, le dan mucho a sus parientes. Además, las solicitudes de regalo o de venta al crédito crean situaciones socialmente incómodas que los hombres prefieren evitar. Socialmente es más fácil y económicamente más productivo, venderle a la compañía.

Con todo, la gente sacrifica tortugas. Lo hacen así porque desean carne para su propio consumo, o debido a que la mujer se niega a cocinar si no hay carne. El conflicto entre lo económico y lo cultural siempre está presente, y

La distribución generosa de carne fresca, a veces entra en conflicto con las realidades de la vida en una economía que se basa en parte en el dinero efectivo. A menudo hay un conflicto perceptible entre enviar una cantidad menor de carne cocinada a uno o dos individuos y vender la diferencia por dinero. El problema se agudiza especialmente en tiempos de depresión como los actuales, cuando la tentación es de vender toda la carne que sea posible con el fin de obtener algo del escaso dinero efectivo. (Helms, 1971:106).

Esto nos lleva a las cuestiones de por qué los miskitos desean dinero en efectivo, y lo que hacen una vez que lo tienen.

LA BUSQUEDA DEL DINERO

La gente que crece en las ciudades a menudo piensa que todo el mundo desea el dinero, de preferencia tanto cuanto puedan conseguir. Sin embargo, el dinero es necesario en proporción a la extensión en que una persona no puede llenar directamente sus necesidades.

Para los miskitos, la hendidura entre lo que desean y lo que pueden obtener ha ido creciendo desde que la primera oleada de extranjeros llegó a su costa. Cuando los ingleses controlaron el Caribe en el siglo XVII, ofrecieron a los miskitos

anzuelos, cuentas de vidrio, espejos holandeses, sal y otros artículos que, a no ser para ellos, eran simples chucherías. (Roberts, 1827:34).

Después que la costa oriental se reincorporó a Nicaragua en 1894, comenzó allí una serie de auges y depresiones económicas que trajeron oleadas sucesivas de empresarios extranjeros (en su mayor parte norteamericanos) en busca de caucho, oro, bananos y madera. Esta gente trajo consigo, no sólo el concepto de salario a cambio de trabajo, sino también el conjunto completo de los productos materiales de la sociedad industrial. Los miskitos adquirieron rápidamente un conjunto nuevo de aspiraciones que incluían alimentos enlatados, zapatos de cuero y radios. En los pe-

periodos de auge económico, los miskitos podían colmar estas aspiraciones, y en el pueblo son pocos los que no tienen historias que contar sobre los tiempos maravillosos cuando “la compañía” (la bananera o la maderera según la edad del que habla) estaba allá.

Los auges desaparecieron como una marea que baja, dejando a los miskitos con los bolsillos vacíos y “una carga de deseos de lujo y bienes extranjeros como resultado del contacto”. (Nietschmann, 1973:44). Frustrados, los miskitos se sentaban a esperar un nuevo auge, una nueva compañía, que les proporcionase otra vez el dinero con el cual comprar lo que ahora se había vuelto una necesidad.

En 1968 terminó la espera con la llegada de las compañías tortugueras. Estas ofrecían dinero a cambio de un artículo que los miskitos, por siglos de experiencia, habían aprendido a obtener. Si eran capaces de pescar 20 para alimento, podrían coger 200 para venderlas. Las compañías eran compradoras impacientes, y los miskitos vendedores ávidos.

EL GASTO DEL DINERO

Dados estos antecedentes, uno podría esperar que los miskitos tomaran sus recién encontradas riquezas y corriesen a comprar todos esos artículos de lujo que tanto ansiaban, llenando sus casas con hileras de zapatos y montones de camisas. La triste realidad es que los miskitos gastan virtualmente todos sus ingresos en comprar en tiendas los alimentos que ya no producen localmente porque salen a tortuguear.

La figura 43 muestra los seis artículos principales que la gente de Little Sandy Bay compró en los almacenes del pueblo, y las cantidades de dinero involucradas. El total, \$66.526.00 no incluye varios comestibles de poca importancia, pero significa un 96 por ciento de los \$69.000 en que yo calculé los ingresos del pueblo en el año.

ARTICULO	PRECIO ¢	CANTIDAD VENDIDA	TOTAL GASTADO (CORDOBAS)
Frijoles	.75 p/lb.	2.125 lbs.	1.594.00
Café	3.50 p/lb.	2.404 lbs.	8.414.00
Harina	1.00 p/lb.	18.500 lbs.	18.500.00
Arroz	1.00 p/lb.	11.700 lbs.	11.700 00
Azúcar	1.00 p/lb.	16.300 lbs.	16.300.00
Cigarrillos	2.00 paq.	5.009 paqs.	10.018.00
			\$66.526.00

Figura 43 Principales comestibles comprados en Little Sandy Bay en un año 1972-1973.

Los comestibles que los miskitos están comprando consisten en su mayor parte en carbohidratos, que antes se los proporcionaba la yuca, el dasheen (“malanga”) y los bananos, que los miskitos cosechaban en sus propias tierras. Existe, otra vez, un aspecto tanto económico como social de la razón de que los miskitos hayan reducido la tierra agrícola que cultivan. En su deseo de dinero, prefieren cada vez más gastar su tiempo en el tortugueo que emplearlo en la siembra. Estas tareas están en gran parte en conflicto, porque la roza y preparación de las tierras tiene que realizarse en una época determinada del año. Si un terreno no es preparado y sembrado en el momento oportuno, no es un trabajo al cual una persona con hambre pueda dedicar un tiempo posterior.

Los miskitos también han llegado a mirar el trabajo agrícola como “de indios” y, por lo tanto, indeseable. Lo bueno es tener dinero, como los americanos, y comprar los comestibles en vez de sembrarlos. Esta es la herencia que han dejado varias décadas de contacto con otras culturas. La herencia ha llegado a producir un déficit cultural y económico.

En 1972-73 los habitantes de Little Sandy Bay sembraron un total de 10.97 hectáreas (aproximadamente 15.5 manzanas) de terrenos agrícolas cerca del pueblo, y otras 5.64 hectáreas (unas 8 manzanas) en tierras que el pueblo posee aguas arriba junto al Río Grande. Esto equivale a 0.25 hectáreas (como 0.35 manzanas) por cada casa. Basado en el muestreo de los rendimientos de cosechas, yo calculo que esta extensión de terrenos rindió 20-25 por ciento de los comestibles que necesitan los miskitos. El resto tuvo que ser comprado en los establecimientos comerciales. Los miskitos están vendiendo un producto alimenticio para obtener dinero, con el cual tienen que comprar productos alimenticios, y se encuentran en desventaja en cada paso del camino.

Los miskitos están, desde diferentes perspectivas, operando con gran desventaja económica. La comida es cara en la Costa Miskita, su precio está inflado por el elevado costo del transporte a una localidad remota, a la cual no llegan carreteras ni ferrocarriles. El aislamiento de la Costa y el 20 por ciento de ganancia de los tenderos, haría gravosos los precios aun para alguien con ingresos más sustanciosos y más estables que los de un miskito promedio.

Los miskitos, a su vez, no controlan el precio al cual venden las tortugas. Este lo establece la compañía. A pesar de que amenazan de vez en cuando con retener sus tortugas, los más de los tortugeros necesitan dinero en una forma tan apremiante, en un momento dado, que a duras penas pueden esperar una embarcación para llevar su pesca al mercado. De manera semejante, el calipee, o sea el material cartilaginoso interior de la concha, que se usa como base de la sopa de tortuga verde, se le vende a los del pueblo y a los compradores foráneos, tan pronto como se lo obtiene de tortugas recién sacrificadas. (Fig. 44).

Relativamente hay poca circulación interna de dinero. Este escasamente se detiene en el pueblo, pues la mayor parte de él fluye directa y rápidamente de la compañía tortuguera al pescador de tortugas, de éste a la tien-

da del pueblo y después a Bluefields, donde las tiendas del pueblo obtienen sus provisiones. Las únicas sumas que se desvían de esta corriente, son las destinadas a las compras de licor que efectúa un tortuguero a otro habitante del pueblo que lo ha producido, o para los préstamos para construir una canoa o una casa. Aún así, el dinero fluye rápidamente hacia los almacenes y después fuera del pueblo.



Figura 44. **Calipee de tortuga verde.** Una tortuga verde, dependiendo de su tamaño y su estado, rinde de 3 a 15 libras del material cartilaginoso, cuyo valor local es de ₡ 2.00 a ₡ 3.00 por libra en estado fresco, y de ₡ 7.00 a ₡ 8.00 si está seco. Foto de Bernard Nietschmann.

Podría parecer que por lo menos el 20 por ciento de los ingresos del pueblo, que representa las ganancias de los dueños de almacenes, permanece en el pueblo. En realidad, esa suma es considerablemente menor. A los dueños de almacén constantemente se les solicita vender al fiado. Cuando un tortuguero va a salir a pescar, solicita comestibles al fiado, y promete pagar tan pronto como haya pescado tortugas. Cuando un tortuguero anda fuera, su mujer solicita comestibles al fiado, prometiendo pagar tan pronto como regrese el marido. Muchas de estas deudas no se pagan nunca, especialmente cuando la persona deudora está emparentada con el dueño del almacén. Este comportamiento se mira como una forma de hurto justificado, pues muchas personas insisten en que los comerciantes están haciendo grandes utilidades a costa de los clientes. Muchos deudores con frecuencia negarán haber cogido algo, sólo para recibir después el dinero de un amigo o pariente cooperador que haya vendido la tortuga. Existe una hostilidad constante entre los dueños de comercios y los demás moradores, con bastante tensión y acrimonia por ambos lados. A la postre, nadie parece terminar con dinero. Y nadie está obteniendo mucho dinero para comida.

NUTRICION

Uno de los objetivos principales de mi estudio era medir con exactitud el impacto de estos cambios económicos en términos nutricionales. Muchos estudios han revelado que unas pocas personas comían por pequeños períodos, pero las muestras eran o bien demasiado pequeñas y no al azar, o tomadas en un período demasiado corto de tiempo para permitir generalizaciones acerca del consumo alimenticio anual de una comunidad.

Sin embargo, tal averiguación es esencial para entender si el cambio económico conlleva algún progreso nutricional. Los que proponen el desarrollo económico, con frecuencia suponen que más dinero significa más y mejor comida. Los resultados de este estudio arrojan serias dudas sobre tal supuesto, y sugieren la necesidad de reevaluar los criterios para definir el "desarrollo" económico.

La información sobre el consumo de alimentos en Little Sandy Bay se recogió diariamente, de una muestra al azar del 10 por ciento de las casas del pueblo. Una nueva muestra se obtuvo semanalmente. Diariamente por las tardes, se les pidió a las mujeres que recordaran los alimentos que habían empleado durante el día. Esta técnica de memoria era totalmente exacta respecto a los miskitos, ya que una gran proporción de sus alimentos se compra en unidades medidas en las pulperías del pueblo. Las mujeres recuerdan, algunas veces con dolorosa claridad, de cuánto (o de cuán poco) disponen para gastar en la pulpería en un día determinado, y en qué.

En el caso de alimentos recogidos o cosechados en el campo, yo calculaba las cantidades preguntando el número de tubérculos o bananos u otras unidades apropiadas consumidas, y convirtiendo esto mediante el empleo de un peso promedio derivado de mediciones previas de ese comestible.

Cada persona que comía en la casa aquel día se registraba como perteneciente a una de seis categorías por edad o sexo: hombre/mujer adulto; hombre/mujer adolescente; niño; infante.

Con estos datos en mano fue posible (con la ayuda de una computadora) determinar, mediante una tabla de valores alimenticios, la cantidad de proteínas, calorías, grasas y carbohidratos consumidos por día en cada casa, y la cantidad promedio consumida por adulto varón o su equivalente en otros consumidores. Debido a que los datos son de una muestra al azar de magnitud aceptable, los resultados son válidos como una generalización acerca del consumo en la totalidad del pueblo.

No existe una medida de consumo nutricional que baste por sí misma, pero la medida a la que primero acuden los nutricionistas es el consumo calórico.

Las calorías (la energía contenida en los alimentos) son esenciales para el funcionamiento de todos los sistemas corporales. Las deficiencias menores y temporales pueden compensarse usando las calorías almacenadas en el cuerpo en forma de grasa. Las deficiencias crónicas y severas pueden producir la enfermedad y la muerte.

El consumo calórico en Little Sandy Bay era de 1,500 calorías por varón adulto (o su equivalente en otra categoría de edad/sexo) por día. Este nivel está aproximadamente a un 45 por ciento por debajo del que recomienda la FAO (1973).

La mayor parte de las calorías del pueblo provenía anteriormente de sus campos agrícolas. Hoy en día, el 65 por ciento de las calorías se compra en una de las pulperías de la población. La harina proporciona el 24 por ciento de las calorías, del arroz proviene el 23 por ciento, y del azúcar el 17 por ciento.

Hay algunas variaciones mensuales significativas de estas cifras (que son los promedios en el período de un año). En dos meses, Mayo y Junio, la tortuga contribuyó cerca del 17 por ciento del consumo calórico total. Es durante esos meses que está vedada la pesca comercial de la tortuga, y cualquiera de ellas que un miskito pesque, deberá consumirla. Cuando deja de ser un recurso económico, la tortuga vuelve a ser recurso de subsistencia, proporcionando una contribución significativa no sólo de proteínas, sino de calorías.

Otros recursos locales son utilizados cuando se consiguen. En Agosto y Septiembre la fruta de pan proporcionaba casi el 25 por ciento de las calorías en el pueblo. La fruta de pan se cosecha de árboles plantados río arriba hace muchos años. No requiere ninguna inversión de tiempo que pudiera por otra parte gastarse en tortuguear, ya que estos meses son un período de borrascas, cuando raras veces se aventuran a salir los botes al mar.

Los miskitos dependen ahora, en cuanto a calorías, de los establecimientos de comercio, y en cuanto a dinero para visitar éstos, de las tortugas. De ahí resulta que el consumo calórico mensual promedio varía muchísimo según oscilan las condiciones del tiempo (véase la Fig. 45). En base men-

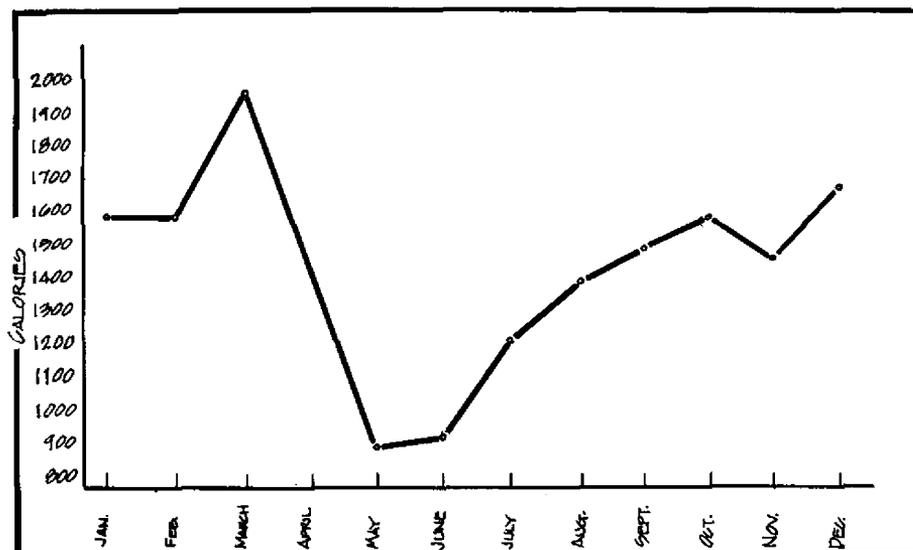


Figura 45 Consumo calórico promedio diario, Little Sandy Bay, 1972-73.

sual, el clima es un determinante primordial, aunque las variaciones semanales reflejaban a menudo si había llegado o no al pueblo un bote de la compañía a comprar tortugas. Desde el 1° de Enero hasta Abril había buen tiempo, y el 20 por ciento de la pesca total del año se efectuaba en este período.

Del 15 de Mayo al 15 de Julio, no se podía vender tortugas a la planta. El promedio diario de consumo de calorías descendía hasta 895 por varón adulto o su equivalente, en Mayo. El consumo subía lentamente hasta Agosto, cuando la mejoría del tiempo y la reapertura de la temporada tortuguera abría nuevamente la espita del dinero. En Septiembre se produce ordinariamente un “veranillo”, y aunque en 1972 no fue tan pronunciado como de costumbre, el tiempo mejoró lo suficiente para producir casi el 16 por ciento del total de pesca del año entero, la cual se logró en ese mes en particular. Un aumento correspondiente se produjo en el consumo calórico.

Esta mejoría continuó por el resto del año. La única excepción fue en Noviembre, cuando se logró un gran número de tortugas, pero no llegaron barcos con provisiones a Little Sandy Bay. Uno por uno se agotaron los principales artículos de consumo, y la gente comenzó a efectuar el viaje redondo hacia Barra del Río Grande para conseguir una onza de café y unas cuantas cucharadas de azúcar.

Interrupciones similares de los suministros —de duraciones variables— hubo en todo el transcurso del año, pues las embarcaciones llegaban a Little Sandy Bay según les convenía. El viaje desde Bluefields y hasta él es una ardua tarea, que pone a prueba a la tripulación y las embarcaciones con que se enfrentan al impredecible Caribe.

La mayor parte de las calorías se compran, no se producen, en este pueblo, y la posibilidad de comprarlas está en relación directa con la disponibilidad de tortugas.

Si las calorías son la medida más evidente del estado de la nutrición, las proteínas pueden tal vez ser la más importante. Las proteínas, compuestos de cadenas de amino-ácidos, son los materiales de que están hechos los tejidos del cuerpo. También son críticas para la operación de muchos sistemas químicos vitales dentro del cuerpo; en forma de hormonas, las proteínas regulan una gran cantidad de procesos corporales y, como neurotransmisoras, las proteínas acarrear los mensajes que mueven los músculos y formulan los pensamientos.

La proteína es un recurso crítico, particularmente para los niños, cuyos sistemas físicos y mentales están en proceso de construcción. Muchas autoridades convienen en que existe una conexión definida entre la insuficiencia proteínica infantil y el deterioro del funcionamiento mental en la edad adulta. (Food and Nutrition Board, 1973; Montagu, 1972).

Los miskitos de Little Sandy Bay obtenían un promedio diario de 45 gramos de proteínas por adulto varón o su equivalente, o sea un 30 por ciento por debajo del monto recomendado por los estándares internacionales.

La deficiencia no era sólo de cantidad, sino también de calidad. Existen ocho amino-ácidos que no pueden ser sintetizados por el cuerpo humano y que deben suministrársele en los alimentos. Cada proteína contiene cantidades diferentes de esos amino-ácidos esenciales, y entre más se conformen las proporciones a las que requerimos, mayor será el porcentaje de la proteína que puede usarse en realidad.

Los miskitos están obteniendo del arroz y la harina más de una tercera parte de sus proteínas, y ambos productos contienen cantidades muy bajas de la metionina amino-ácida. Como no existen otros alimentos que en forma correspondiente tengan alto contenido de metionina, no hay disponibilidad completa de esta proteína. Los miskitos están vendiendo un alimento que contiene un alto grado de proteína de alta calidad (la tortuga) y empleando el dinero para comprar un alimento con baja cantidad de proteína de baja clase (arroz y harina).

Sólo el 36 por ciento de la proteína se compra, y esto se refleja en el patrón mensual de consumo, mucho más consistente. (Fig. 46). Los miskitos obtienen el 30 por ciento de sus proteínas de la carne de tortuga, y otro 13 por ciento del pescado. Aún cuando la caza contribuyó con muy poco (ligeramente un poco más del 1 por ciento) de la proteína de Little Sandy Bay, Nietschmann (1973 165) encontró que ella efectuó una contribución significativa a la nutrición en el pueblo de Tasbapauni. La diferencia es principalmente de ecología. Los hombres de Little Sandy Bay no tienen el mismo acceso por agua a los bosques tropicales ricos en caza, como lo tienen los cazadores de Tasbapauni.

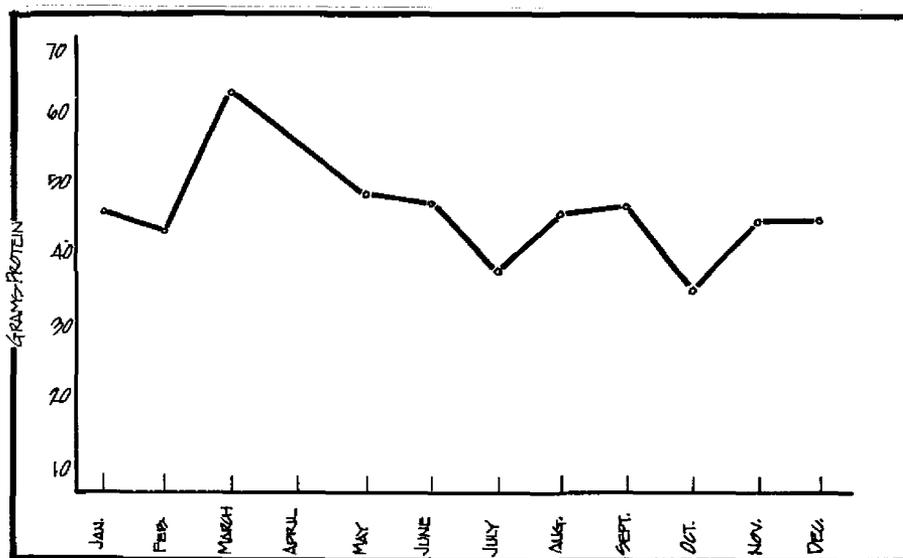


Figura 46. Consumo proteínico promedio diario, Little Sandy Bay, 1972-73.

A diferencia de la provisión calórica, la proteína puede obtenerse a pesar de las condiciones prevalecientes del tiempo, reflejando la mayor localización y diversificación de los recursos de donde se la saca. Sólo en dos meses (Julio y Octubre) descendió el consumo de proteína por debajo de los 40 gramos.

Casi el 60 por ciento de la proteína se deriva de ocho recursos del ecosistema miskito, con un 4 por ciento adicional proveniente de pringues de artículos estacionales. En contraste con lo anterior, el 64 por ciento de las calorías fue adquirido de fuera del ecosistema en la forma de solamente tres recursos: harina, azúcar y arroz. Otros alimentos que se compraron, contribuyeron otro uno por ciento de las calorías.

Los miskitos permanecen autónomos en productividad proteínica, pero dependen de la tortuga y del mercado en cuanto a calorías. Existe, sin embargo, una interacción entre ambas. al faltar las calorías, el cuerpo utilizará las proteínas que le entren para proporcionarse la energía que primero necesita (la proteína, cuando es desdoblada en el cuerpo, suministra un promedio de cuatro calorías por gramo de proteína). La insuficiencia calórica agrava así una deficiencia proteínica marginal, produciendo un estado nutricional que difícilmente puede describirse como bueno.

LA SUBSISTENCIA: ALGO MAS DE LO QUE EL DINERO PUEDE COMPRAR

Si los países ahora subdesarrollados fueran a seguir las etapas de crecimiento de los ahora desarrollados, tendrían todavía que encontrar otros pueblos a los cuales explotar en el subdesarrollo, como los países ahora desarrollados hicieron antes que ellos. André Gunder Frank (1969:46).

Porque al que tiene se le dará y abundará; pero a quien no tiene, aún lo que tiene se le quitará. San Mateo, 25:29.

A medida que los países industrializados se han expandido, han tirado la mirada hacia regiones cada vez más remotas en busca de materias primas para surtir sus fábricas, y de alimentos raros para aprovisionar sus despensas. A una tasa siempre creciente, se van haciendo los contactos y los contratos con las poblaciones indígenas, para proporcionar los artículos esenciales y de lujo para los ricos del mundo.

Se dice que la extracción de esos recursos constituye el “desarrollo económico” de las poblaciones que anteriormente tenían “sólo subsistencia”. Sin embargo, como lo ha mostrado este análisis, “sólo subsistencia” puede a veces ser algo más de lo que el dinero puede comprar. Los miskitos están

sufriendo daños nutricionales porque sus ingresos son insuficientes para proporcionarles suficiente comida; y como todos esos ingresos se les escapan en comida, la comunidad es incapaz de acumular ningún capital, quedando así prohibido el desarrollo económico.

Debe tomarse, y pronto, una decisión acerca de si las tortugas son para la subsistencia o para la venta. Las tortugas experimentan una grave presión, y su número está declinando visiblemente. Está claro, dice el zoólogo Archie Carr, que las tortugas “no constituyen un recurso marítimo que resista la extracción eficiente para un mercado de exportación”. (1969:16).

Tanto la investigación zoológica como las impresiones de los tortugeros hablan de la declinación de la tortuga. Carr (1969 75; y comunicación personal) informa de graves caídas en el número de hembras desovantes en el Tortuguero, que es la principal playa que queda en el Caribe Occidental donde las tortugas ponen sus huevos. El período de desove de 1974 mostró un descenso vertiginoso que Carr atribuye al impacto del tortugero comercial en Nicaragua.

No cabe duda de que el cambio de tortugas por dinero es una transacción realizada a pérdida para los miskitos, económica, nutricional y socialmente hablando, y todo eso todavía a costas de poner en peligro la población de tortuga verde del Caribe. Ya no podemos aceptar el pensamiento ávido de un funcionario de una compañía tortuguera, quien pretendía que su empresa “está usando un sub-producto que de otra manera probablemente se desperdiciaría”. (Lusty, 1971:93). Las 913 tortugas cogidas por los tortugeros de Little Sandy Bay habrían proporcionado al pueblo carne para cinco años.

Tal vez el Sr. Lusty no advierte la paradoja cuando pregunta: “¿Ha considerado Ud. la contribución que ella está haciendo para el bienestar de esa gente, la cual tiene muy pocas otras cosas que vender de sus remotas y por lo general desprovistas islas y costas, y que también depende de la tortuga en lo referente a carne?”. (1971 93). La contribución sería mucho mayor si su compañía no comprara tortugas.

Mientras eso no suceda, los indios miskitos continuarán vendiendo su mayor recurso con pérdida.